

CON TODO EL ODIO
DE NUESTRO CORAZÓN

Fernando Cámara



REY LEAR

XVI PREMIO FRANCISCO GARCÍA PAVÓN DE NARRATIVA

Un Jurado presidido por María Dolores Coronado González y compuesto por Sonia García Soubriet, David G. Panadero, Óscar Urra Ríos y Jesús Egido Salazar, con Rocío Torres Márquez como secretaria, concedió por unanimidad a *Con todo el odio de nuestro corazón*, de Fernando Cámara, el XVI Premio Francisco García Pavón de Narrativa convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso



EL TIPO QUE LA LLEVA MIRANDO toda la semana se llama Andrés López Bellón, DNI 5976456E, un cliente del banco con el que Carmen apenas ha cruzado un par de saludos en cinco años. Está allí, esperando en la cola de la caja con su paquete de monedas de veinte céntimos, cinco euros en total. Un paquete cada día, la misma mirada encendida, una inyección de furia interna, como la de algunos clientes estafados. Aunque el caso de Andrés es diferente: no viene a pleitear, no pretende reclamar nada, sólo la mira desde el pasillo, dejando colarse a los de atrás; y así todas las mañanas. Carmen, la directora de la sucursal, se angustia porque detecta esa mirada enferma, propia de los buenos tipos que pillan por sorpresa a todo el barrio con una acción salvaje. Ojalá fuera como los demás clientes con los que ha tenido que discutir hasta gritarse por culpa de las putas participaciones preferentes. Pero él no es así, y Carmen sabe que cualquier día, en cualquier momento, Andrés entrará en su despacho exclusivamente para impartir su justicia. Ella lo sabe porque Andrés nunca discute, susurra palabras, como si hiciera semanas que no hablara con nadie y tuviera la garganta atrofiada. Y a pesar de que Carmen siempre es tan dominante, se siente incapaz de sostenerle esa mirada que dispara pinchazos de odio. Ella también sabe mirar así, lo hace contra algunos clientes, contra sus jefes, contra su olvidado marido y contra el mundo. Y mientras lanzas esos brotes de ira, sientes que te ahogas. Porque cuando el odio se insta-

la dentro de ti, apenas deja espacio para nada más. Es egoísta, inmenso y te rellena por dentro hasta anularte.

La gilipollas de Carla se ha dejado otra vez la puerta abierta al salir del despacho de Carmen y Andrés se muestra amenazante en el umbral. De vez en cuando se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y toquetea algo sin apartar de ella su severa mirada. Carmen ya no puede más, porque esta silenciosa amenaza le causa más tensión que cualquier intento de atraco. Los ojos intimidatorios aterran más que una bala, porque están cargados de odio. Y el odio es el gran jefe, la emoción maestra, el más estruendoso y voraz de los sentimientos humanos.

Carmen finge recibir una llamada al móvil, habla mientras se cuelga su bolso y sale temblando a la calle, hacia el bar más alejado posible, para completar uno de sus varios desayunos a base de coñac y chicles de menta de postre. Rebusca en el bolso pero ya no le quedan, así que se detiene en el DIA para hacer acopio. Mientras espera en la cola, con unas compresas para el ocaso de su menstruación y diez cajitas de chicles, advierte unos pelos en su chaqueta. Intenta retirarlos discretamente, pero están planchados; un detalle como ese es el que marca el principio del fin, porque un día te olvidas de retirar la caspa y los cabellos de las hombreras y puede que continúen allí más de una semana, luego un mes y al final forman parte de la prenda, parte de ti. Pero Carmen siente que todavía tiene opciones: quizá ir al tinte, o jubilar la chaqueta, aunque debería hacerlo con los tres trajes que mantiene en activo, colores y combinaciones que repite constantemente, pequeñas manchas y rotos que se sabe de memoria. Carmen se promete ir por la tarde a comprar algo, la misma promesa de hace medio año y que nunca cumple, porque la desidia y el cansancio del día la llevan directamente hacia el bar y al encierro en casa. Y a la mañana siguiente se viste con uno de los trajes que alterna, y al día siguiente con el otro, e incluso un día repite el mismo de ayer, porque la apatía la tumbó con la ropa puesta en el sofá, junto a una botella de ginebra que se cenó, buenas noches y agónico despertar, aunque al menos ya está vestida y desaliñada para salir al trabajo. Se alisa las arrugas con las manos mientras baja en el ascensor y desayuna cuatro de esos chicles de

menta potente que empezó a consumir a los catorce años para ocultar a mamá el aliento a tabaco y a JB con Coca Cola. Esos chicles que ahora compra al por mayor, porque bebe al por mayor. Se siente tan quebrada por dentro que le resulta difícil renovarse por fuera, comprar ropa nueva y adecentarse un poco más. Aunque se sigue haciendo promesas de un mañana mejor, porque lo que le está ocurriendo este mes es sólo algo transitorio, eso seguro. Los brutales enfrentamientos con Ricardo, la amenaza de cierre de la sucursal, su cuestionamiento por parte de los compañeros, la falta de respaldo de aquellos coleguitas de las convenciones y, en fin, todas esas cosas que los astros han alineado para probar su capacidad de aguantar simplemente eso, coincidencias. Y por eso siente que sus excesos de alcohol son también algo transitorio, igual que los calores de esta intermitente menopausia que la tienen tan confusa como destemplada. La vida son etapas y ese pequeño infierno es simplemente un periodo de ajuste. Espantoso, pero temporal, está claro. Mientras imagina posibles alicientes, contempla la caspa y los pelos grises que embadurnan el abrigo de la obnubilada anciana que tiene delante, y le entra tal congoja que ha de morderse fuerte la lengua e hincarse las uñas en el brazo para no estallar en llanto. Porque aunque ponga algunos diques a la realidad, Carmen no deja de atisbar las verdades que se filtran por algunas grietas y siente que ha pasado a otra fase, que está viviendo esa breve transición que al final te declara oficialmente vieja, o algo todavía peor, una anciana de mediana edad, con el hígado a punto de estallarle y las caries carcomiendo sus muelas por el azúcar de esos chicles que todavía cree que ocultan el aroma de su profundo alcoholismo. Y todas estas cosas, así, tan de golpe, sumadas a la tensión diaria en el banco, las amenazas de clientes, la cuenta atrás para la reestructuración que dejará en la calle a la mayoría de empleados..., se le acumulan en las sienes, que necesitan ya un buen teñido, y trasladan su dolor por la garganta hasta expulsar esas lágrimas incipientes que se limpia veloz con la manga cada vez más rápido, como un limpiaparabrisas en un día de lluvia densa.

Intenta sacar discretamente un Orfidal y se le caen las compresas y varias cajas de chicles. Carmen se queda bloqueada mientras

el chico de atrás y la anciana de delante se agachan a ayudarla. El chico le ofrece las compresas con cierto apuro. Carmen se lo piensa y al final se marcha, tirando el resto de cajas de chicles mientras intenta dejar de llorar.

Recorre veloz un par de manzanas, hasta que los zapatos encadenan continuos tropezones y se tiene que detener, con una ansiedad imparable que trata de calmar masticando un par de orfidales. Su efecto tardará todavía unos minutos, necesita algo más rápido. Y con la excusa de la garganta seca entra en el bar de la esquina donde ya estuvo hace un par de semanas. Al menos no apesta a fritanga como los más cercanos al banco. Automáticamente va a pedir el coñac, pero con dos orfidales no será capaz de articular frases coherentes durante el resto del día, aunque ahora mismo se siente incapaz de regresar a la oficina. De hecho, no lo va a hacer, así que pasa de refrescos y pide el coñac. El camarero se cabrea porque ya ha quitado la chapa de la botella. Odia a estas alcohólicas indecisas, que creen que por pedir una Coca Cola de vez en cuando ya no figuran en la lista de borrachas del barrio. Se acuerda de ella, de hace dos semanas. Una tipa demasiado elegante para su bareto, aunque esa mirada perdida y la forma de dar el primer trago, tan veloz, tan masculina, delatan que se encuentra en pleno tránsito hacia el lado oscuro de la vida. A cuántas como esa ha visto convertirse en pasas conservadas en formol. Cada vez más. Las pijas caídas, las llama él. Antiguas niñatas de tez tostada por tantos rayos UVA que ya no saben cómo tapan las decenas de arrugas que se agolpan en su piel desgastada. Cremas caras almacenadas en sus armarios y que cada vez se aplican menos porque ya no hay marcha atrás. Los años se han venido tan de golpe, ¿verdad?, sobre todo para las tías machotas, esas que han intentado jugar en el territorio de los hombres y han tratado de ponerse a su altura siendo más cabronas que ellos. Lo único que al final han conseguido es verse reflejadas ante copas de coñac que se terminan de dos tragos.

Carmen lee todo este desprecio que filtra de reojo el camarero, así que paga y se marcha fuera a fumar, pero no se aleja demasiado por si necesita otra copa: la dignidad ya quedó atrás. Al menos el Orfidal va templando sus miedos. Aun así, no para de mirar a todos

lados de la calle, intentando adelantarse a cualquier visita sorpresa de Andrés López Bellón, de treinta y dos desgastados años y con DNI 5976456E. Sabe de memoria sus datos porque desde hace semanas los lee y relee parapetada tras el monitor de su despacho, muerta de miedo, intentando encontrar cualquier detalle que le sirva para entablar una negociación que apacigue su furia. Carmen recuerda a la madre de Andrés. Vivía con él y falleció hace un año. No domiciliaba nada y prefería venir los jueves a pagar los recibos. Una mujer agradable, discreta, que para Carmen sólo representaba los ochenta y cinco mil euros que tenía en una cuenta corriente. Y entonces cometió el error de aconsejarla que invirtiera en un fondo de inversión seguro, con una rentabilidad magnífica del seis por ciento. Una ganga sólo para clientes importantes, de ahí su nombre: participaciones preferentes. ¿Cómo iba Carmen a saber que todo era una simple estafa bancaria para obtener capital de sus propios clientes? Pero el caso es que lo sabía. La crisis y las temibles cuentas de resultados presionaban para obtener liquidez inmediata por el método que fuera, y los grandes gurús bancarios idearon estos timos relucientes que luego ellos, los de las sucursales, debían vender sin asomo alguno de sonrojo. Carmen no imaginaba el final, claro, pero intuía el tipo de producto de mierda que les estaba colocando. El caso es que consiguió convertirse en directora de la sucursal hace cinco años gracias a las enormes ventas de ese y otros productos basura. Chica del año y jugosas comisiones. La cima de su éxito conectó de forma fulminante con un vertiginoso descenso al infierno. En su cabeza se le agolpan todas las amenazas, gritos, insultos y llantos de los clientes desesperados por recuperar sus ahorros. También los ataques a la propia oficina con pintadas, rotura de cajeros e incluso un cóctel Molotov lanzado contra la entrada y que bañó de llamas toda la puerta. Fue el punto de inflexión, el inicio del pánico.

Desde entonces, acudir a la oficina representa un acto de valentía para todos los empleados, que sospechan posibles acciones violentas de sus clientes. Tras cualquier queja, llanto quebrado o súplica humillante puede esconderse un letal ataque motivado por la locura de la desesperación. Pero a pesar de bregar con todo eso, Carmen vive intimidada sobre todo por la escalofriante mirada de An-

drés, por ese silencio furioso que delata su interior plagado de ira. El amor es ciego pero el odio es inteligente, inagotable, determinado, con una clara directriz, una diana atravesada por miles de flechas envenenadas de un profundo rencor.

Decide no regresar a la oficina. Hoy no. Se siente incapaz de enfrentarse otra vez a la mirada de ese hombre. Aunque quizá se haya marchado ya. Puede que esté paseando por la calle, incluso cerca de allí. Ese miedo a que la encuentre y la siga es el que la hace cambiar de ruta cada día para evitar esa amenaza terrorista. Porque esa es la verdad: Carmen siente terror, pero no puede denunciarlo a la Policía. Sabe que una mirada, por mucha bilis que arroje, no es ningún delito. Ni siquiera han podido hacer nada contra las agresiones de clientes mucho más exaltados cada vez más habituales y más justificables, casi permisibles en opinión de algunos jueces. Así es el mundo hoy: nuevas reglas nacidas de recientes herencias, de aquellos polvos surgen estos lodos, predicando nuevos profetas, dando a entender que nos acercamos al fin de una era. Y en el fondo es cierto. Así lo siente Carmen que, a pesar de llegar a directora de sucursal a los cuarenta y pocos y centrarse en promesas mucho más altas, sobrevive día a día a las puñaladas de sus compañeros de oficina a la espera de la casi segura desaparición de su sucursal. Entiende que recolocarse con cincuenta años es algo imposible y pasa parte de la jornada calculando cuántos días le darán por año trabajado. Entre cuarenta y treinta y cinco, prometen. O sea, treinta en el mejor de los casos. Por veinte años de vida allí. Treinta días por cada puto año de dolor y entrega. Cinco mil euros al mes, sin más pluses en el cálculo. Cinco mil euros por veinte años. Así se pasa el día, jugando con la calculadora del ordenador: 5.000×20 , 20×5.000 ... esperando que el resultado, a base de teclearlo constantemente, pueda aumentar de esos cien mil euros que le quedarán, con una jubilación ridícula y sin posibilidad de reenganche. Y cien mil euros parece mucho, pero los divide entre doce meses y le da ocho mil y pico, que es lo que ganaba muchos meses con los pluses y comisiones de hace años. Y piensa en qué va a ser de ella si ese dinero supone como mucho año y medio, dos estirándolo. Y tiembla. Y todavía más al ver torcer la esquina a ¡Andrés! No, no... sólo alguien que se le pa-

rece. La cuchillada de horror que siente por dentro le hace temblar. Tira el cigarrillo y se marcha abrazada a sí misma, con la mirada baja pero los ojos puestos en cada recodo de la calle. Por primera vez siente el frío de la mañana y advierte que al huir se dejó el abrigo en la oficina. No importa, no piensa volver, además el fresco le ayuda a relajarse. Aunque ahora que lo piensa, igual las llaves de casa estaban en el abrigo. Rebusca en su bolso, tira unos cuantos *tickets* arrugados y, bajo el móvil y la cartera engordada por tarjetas inútiles, tintinean las llaves. Menos mal. Respira hondo y acelera el paso. Piensa en llegar ya a casa, a ese agujero rancio, descalzarse y echarse un par de tragos. Y luego terminar de ver la tercera temporada de *Dexter*. Es la segunda vez que ve la serie completa. Desde hace un año, este asesino televisivo se ha convertido en su mejor aliado para tolerar la realidad. Le encantaría ser como *Dexter* y poder diseccionar las carnes de sus enemigos, echarles cal en las heridas y así devolverles todo el dolor que le están causando. Y entre este y otros pensamientos de venganza creativa, Carmen camina hacia su casa sin reparar en que al fondo de la calle un tipo la observa. Treinta y pico años. DNI 5976456E.